

Del lado del público: usos distintos del escenario en Lima.

El mes de mayo resultó bastante movido en la capital. Aunque para algunos sólo lo fue a causa de los desvíos causados por los apresurados arreglos y prepotentes cierres de calles que la Cumbre ALC-UE los obligaba a tomar, otras personas se enteraron y participaron de otro tipo de reuniones que ocurrieron paralelamente. Más no de espaldas a ese evento sino precisamente de cara: dando la cara a quien quisiera mirarla, a quien quisiera buscarla entre los pocos medios que informaron al respecto o por las calles que no se vieron afectadas por la paranoia enclaustradora y el apresurado remozamiento.

16/5/8

La Cumbre de los Pueblos tuvo como sede principal a la Universidad Nacional de Ingeniería y cerró su intensa jornada con un mitin en la Plaza 2 de Mayo. Unas ocho mil personas se reunieron esa noche para escuchar las conclusiones de los representantes políticos y compartir también un momento de desfogue colectivo con los invitados musicales que acudieron a la invitación.

Llegué cuando tocaba un dúo venezolano absolutamente chavista que acompañados de guitarras, sombreros y ritmo llanero, cantaba algo acerca de unas doncellas vírgenes bailando en un monte por la causa bolivariana. A pesar de lo inspirado de las letras, no lograron despertar mucha emoción aunque sí una que otra sonrisa, mientras tratábamos de alcanzar a ver algo de lo que ocurría en el escenario entre las banderas sostenidas por altísimas lanzas de caña que generaban el malestar del público menos fanático.

Entre arengas contra el TLC y por la reivindicación de los movimientos sociales, llegaron a continuación Martina Portocarrero y Margot Palomino, que manifestaron cada una en su turno, su compromiso con las causas antiimperialistas. Los repertorios y el tono de los discursos de los artistas, así como de los animadores, estaban dentro de lo acostumbrado en este tipo de situaciones y no parecía haber mucho espacio para la sorpresa. Hasta que anunciaron al grupo argentino Actitud María Marta.

Nunca las había escuchado en vivo y hace años que no oía algo de ellas, ni siquiera el cassette comprado en el centro en el 96, donde en su hit “Confusión” ya cantaban: “te ponés la remera del ché, pero en realidad no sabés por qué” y la verdad que imaginarlas en ese escenario frente a un público probablemente poco acostumbrado al hip hop y al dance hall me causó bastante gracia y curiosidad.

Realmente no sabía que respuesta podían generar en una multitud donde destacaban las banderas humalistas, algunas de MNI o del PS, un polo gigante del sindicato de trabajadores de Topy Top, una banderola de Alfa y Omega, y otra muy impactante, de Patria Roja.

Pero reducir esa multitud entusiasta a las banderas más llamativas o pintorescas sería injusto. Había mucha gente ahí, y la mayoría, como yo, no cargábamos ninguna. Muchos no sabíamos junto a qué grupo situarnos, y varios grupos eran una variopinta mezcla de indecisos que sin embargo habían asistido los días previos a la cumbre y estaban ahí junto a mí, probablemente también sorprendidos de ver a las chicas de Actitud María en ese gran escenario con los colores del Tahuantinsuyo cantando cerca a las tradicionales letras de la CGTP, estandarte de la Plaza 2 de Mayo.

Y pasó que la gente escuchó con atención, y pasó que las chicas realmente dijeron uno de los discursos más coherentes y motivadores de la noche, que logró captar la identificación del público sin caer en el lugar común no en el aburrido panfleto. Que su canción anti Bush gustó, y que aunque no estoy segura si alcanzaban a ver el gran rostro

del Ché que ondeaba al medio de la Plaza, de seguro que escucharon el grito de “otra, otra” que el público coreó.

Con eso pude irme satisfecha. A pesar de no terminar de escuchar a Evo, la estrella de la noche, y a pesar de que alguien le gritara “mamacita” a la delegada alemana cuando trataba de hacerse escuchar, el mitin en la Plaza San Martín estuvo mucho más interesante que la Noche Blanca donde terminé más tarde, peleando por unas papas fritas luego de una cola de media hora en el Burger King de Larco.

15/5/8

El día anterior había sido testigo de un uso del escenario totalmente distinto. No sé si había costado más o menos dinero esa infraestructura, pero acogió muchas menos personas y acudieron a él muchas menos también, a pesar de haber recibido bastante más cobertura mediática, al menos en los círculos en los que suelo moverme y en lo que respecta al Decano de la prensa nacional.

“La Palabra de los Mudos” había generado bastante expectativa en el circuito artístico limeño por la reconocida trayectoria internacional de Jota Castro, que nos invitaba a participar en esa performance?, acción? de la cual poco sabíamos y a pesar de lo cual asistimos.

Días antes Jota había mostrado su trabajo en un Portafolio en La Culpable y en otros espacios como la Casa Mariátegui, el Centro Cultural de España y en la Facultad de Arte de la Universidad Católica. En esas ocasiones, no había tenido ningún reparo en hablar de la emoción que le causaba regresar y trabajar en su país luego de 30 años. Cosa totalmente comprensible, y que hacía generar más curiosidad acerca de qué haría en la actividad para la cual había sido invitado por los organizadores del aspecto cultural de la Cumbre Al Cue. Pero me había dejado la impresión de que la excitación que le producía su estadía en Lima, las ganas de mostrar todo el trabajo posible y de hablarnos de una escena tan distinta a la nuestra, le impedían generar situaciones donde el feedback fuera percibido como necesario o como un aporte que animara al habitualmente inhibido público limeño a hacer el esfuerzo de participar, preguntar, o si quiera atreverse a interrumpir.

Ese jueves bajé caminando por las escaleritas que llegan a la Bajada Balta. Por la cercanía de mi casa a la Costa Verde pude prescindir de los buses que se habían puesto a disposición de los asistentes más lejanos, y más bien observarlos a lo lejos, mientras los organizaban para trasladarse desde el Club Terrazas al punto elegido en la playa Redondo. Distancia que recorrí junto a unos amigos, a pie y en pocos minutos, mientras especulábamos acerca de lo que sucedería a continuación.

Al llegar al lugar, llamaron mi atención las dos botellas gigantes de Inca Kola, junto a un kiosco de la misma marca y otro de Otto Kunz, visibles auspiciados; además de un escenario gigante, amplio resguardo policial que incluía literalmente, guardianes de la bahía. Conteniendo los efectos de mi resaca, esperé cerca de una hora, junto a unas 800 personas hasta que Sergio Galliani apareció en escena, invitándonos a aprender unas cuantas señas del lenguaje mudo. Las palabras en cuestión eran, si mal no recuerdo “ignorante”, “no nos escuchan” y “aplausos”. Con poco convencimiento algunas personas lo imitaban y otras, creo que nos preguntábamos acerca de las razones para elegirlo como conductor de la acción. A pesar de la seriedad con la que pueda asumir su carrera de actor de teatro, para muchos es indelible de Locademia de tv, Ivonne y los Mercantiles, o quién sabe qué otros recuerdos no tan memorables que hubiera preferido poder evitar mientras trataba de comprender lo que sucedía.

Jota salió a saludar y a agradecer nuestra presencia, para dar paso a un señor que dio un largo discurso con señas, mientras se nos animaba a aplaudir o a practicar algunas de las señas aprendidas para acompañarlo. Eso duró unos quince minutos y después Jota nos tradujo el discurso, visiblemente emocionado, primero, y al borde del llanto después. Nos habló acerca de la desigualdad y de la voz de las minorías, de sus deseos para el Perú, y de las metas que tenemos por delante para lograr un país más justo, donde todos seamos escuchados.

Eso fue todo. Así terminó, para eso habíamos ido. “Reclamen sus tickets para su gaseosa y su sandwich”, se escuchaba por ahí.

Probablemente pocas razones habrían para estar en desacuerdo con su discurso si uno lo leyera en un papel, e incluso escuché que a un par de amigos los habían conmovido. Pero una extraña sensación de estafa se sentía en la neblina gris del cielo limeño, al menos en esa zona de la costa. Rostros desconcertados y confundidos se despedían para regresar a sus centros de estudios o trabajo, luego de entre 3 o 4 horas de sus mañanas destinadas al famoso artista peruano.

Yo miraba a la gente haciendo sus colas para reclamar su bebida o su pan con jamonada gratuito antes de subir a los buses que los llevarían de regreso a sus destinos, algunos aparentemente lejanos, y me invadía una extraña sensación de deja vu. De imágenes vistas en la tele o a lo lejos en años pasados, y la extraña sensación se transformaba en la certeza de sentirme parte de un rezago de mitin fujimorista. Por suerte podía subir a pie a mi casa y no sentirme “tan” usada, como si hubiera tenido que esperar a hacer una cola para subir a un ómnibus luego de una situación que me supo a la hora de terapia más cara de un artista local, con la mayor cantidad posible de engatuzados como testigos.

Por suerte pude subir a pie acompañada de amigos que opinaban parecido y con los que pude comentar sin temor a sonar aguafiestas que lamentablemente este tipo de acciones, cuya cantidad de horas dedicadas a armar la infraestructura parecen mayores a las destinadas a planear el proyecto, son las que dejan mal paradas a las palabras “arte”, “intervención”, “performance” y dan argumentos a quienes prefieren destinar el presupuesto de una municipalidad a bancas y fuentes.

22/5/8

Bastante distinta fue la sensación que nos dejaron los Café Tacuba a quienes asistimos a su concierto en el Parque de la Exposición. Un espacio con mala acústica, frío y que generalmente es el ejemplo de generador de anti clímax perfecto, fue transformado por ellos, en el show que ofrecieron luego de 12 años sin venir.

“Se reunieron las cobras” dijo Cosme (no le he seguido la pista a los nombres del vocalista últimamente, me quedo con ese que recuerdo) a raíz de la Cumbre que acababa de tener lugar y mostró su comprensión ante nuestra ignorancia ante sus últimas canciones comentando que “Pues, claro, si todavía no se las han impuesto”. Durante las casi tres horas que tocaron porque no los dejábamos irse, demostraron que habían venido a entregarse totalmente al público, a compartir años de experimentación y trabajo colectivo, con emoción y permanente sentido del humor. Reaccionando alegremente a nuestras respuestas y pedidos, incluso con una sección instituida para eso: “La hora de las complacencias”, donde satisfacían inmediatamente cada reclamo.

Incluso las canciones más desgastadas, las que inevitablemente uno da por perdidas gracias a la poca renovación de repertorio de nuestras radios locales, pudieron generar explosiones, chispas, gritos e inclusive destapes de groupiesmos inesperados.

Había una sinceridad latente en cada interpretación y en las frases dichas entre canción y canción que sobrepasaban lo musical y que generaron un momento reconfortante del que daba gusto ser partícipe. La performance del grupo se sentía resultado de una forma de trabajo que parece no permitirse olvidar las urgencias del contexto en el que se sitúa el proceso de creación artística, algunas de las cuales comentaron más los mexicanos en sus tres horas de concierto que los medios limeños en ese mes de mayo.

12/5/8

Urgencias como las traducidas en las demandas recogidas por La Cumbre de los Pueblos y la Cumbre Indígena. Esta última, una verdadera oportunidad de sentir una inyección directa a la vena cargada de desfase, de preguntas, de impotencia. Cruzar el umbral del Club Ancash en Jesús María y que los ojos no sepan a donde dirigirse por el estallido de colores y caos que era el día de su inauguración, ha sido una de las experiencias visuales más fuertes de los últimos años para mí. Trajes típicos de comunidades de todos lados del país, letreros, gigantografías, puestos de ventas, cámaras por todos lados y sombreros con flores, en un local donde el escenario estaba situado al revés de donde se hubiera esperado.

La mesa no estaba en el lugar más alto: los expositores hablaban más bien cerca a la gente. No sé si concientemente, el lugar más alto de la sala fue usado como exhibidor de banderolas y carteles de las agrupaciones civiles asistentes al evento, en las que podíamos leer sus demandas. Me hacían recordar a mi papá y a su eterno regresar a los problemas del país, o a los de unas cuantas otras pocas personas que a veces suenan necias, por su opción de anteponer esas emergencias a cualquier otra forma de ver el presente o su circunstancia personal. Que simplemente no pueden dejar de ver las cosas con ese filtro y mencionarlo en cada discurso, sin importar el riesgo de sonar repetitivos ante los amigos o colegas, pero que sin embargo en momentos como ese parecieran hablar de la única insistencia con sentido.

Demandas en relación a la defensa de sus tierras, sus eco sistemas y garantías para sus medios de producción y que se revelaban tan urgentes que te hacían sentir simplemente estúpido de poder vivir cada día en esta ciudad olvidándolas.

Y que hacían explicable la incontenible emoción que puede seguir generando en una multitud (pero no cualquier multitud) una canción como Flor de Retama, cantada por Martina Portocarrero a viva voz, el día de la Plaza 2 de Mayo, y poco antes del hallazgo de la fosa común de Putis, en Ayacucho, a finales del mes.

Desde acá, los que no nos animamos a cargar ninguna bandera muy llamativa, por mientras cantamos con los tacubos “estamos de acuerdo en estar en desacuerdo/ estamos de acuerdo en ir en desacuerdo”. Pero parece que nada más.